

—Y tú, Maria? dijo Mazarino con impaciencia.

—Yo diré como Olimpia, respondió Maria Mancini con dulzura.

—Os habéis puesto antes de acuerdo, respondió Mazarino y habéis jurado hacerme rabiar.

—Cómo es eso, mi buen tío?

—Yo no soy vuestro buen tío, señoritas, pues me pagáis con la ingratitud más negra las bondades que os he dispensado.

Ved á Ana Maria que rehusa casarse y atended á vuestras reticencias que no son otra cosa que una negatiba.

—Nombrad á nuestros pretendientes, dijeron con resolución las dos jóvenes.

—¡Ah! sí, para que discutáis acerca de ellos, no es esto? Antes quiero vuestro consentimiento.

—Entonces, decidnos al menos su calidad, dijo Olimpia.

—Creéis, pardiez, que quisiera daros por esposo á algún desgraciado? Serán dignos de vosotras y de mí, estad seguras.

—A Ana Maria le habéis querido dar el príncipe de Conti. . .

—Ya sabéis eso? . . .

—Ella no nos oculta nada.

—¡Ah, conque no os oculta nada. . . . Entonces vais á decirme el nombre de su amante.

Las dos jóvenes irguieron la cabeza con orgullo.

—Ana Maria Martinozzi no tiene amante, monseñor, dijeron.

—El que ella ama al menos.

Las dos guardaron silencio.

—Cuando no se hace la confesión es porque da vergüenza, dijo con ironía el cardenal.

—Monseñor, es que no sabemos el nombre del hombre que pueda amar mi prima, respondió Olimpia; pero de seguro que al ser distinguido por ello debe ser digno del amor de una reina.

El cardenal comprendió muy bien que no podía sacar nada, y se entregó sin reserva á la mayor indignación. Resolvió disimular persuadido de que la violencia no le daría nunca buenos resultados, y conociendo que en todo el curso de su laboriosa existencia no había conseguido jamás buen éxito si no era contemporizando.

Sin embargo, el mismo dia una carroza escoltada por gentiles hombres de confianza condujo á las tres primas y á la señora de Venelle al convento de las Carmelitas de Pontoise.

Artagnan, á quien creía Mazarino que era el prisionero Duretete, fué llevado preso á la Bastilla, en virtud de haber sido sorprendido por Candale y por Barada, que querian vengarse del caballero. Fué llevado en una carroza, la cual se detuvo en un gran patio llamado del Gobierno, donde se encontraba la habitación del gobernador. Un oficial se presentó á la portezuela del carruaje y recibió del exento la carta de prisión, la orden de encarcelamiento.

—Ah, viene de la Guyena, dijo leyendo la firma de M. de Candale, consignando al primer ministro.

Mientras tanto Artagnan que había bajado, se sacudía, se estiraba, y procuraba reparar el desorden que su largo viaje había dejado en sus vestidos.

—Conducid á este hombre á la torre de la libertad, número 14, dijo el oficial á un sargento que estaba á su lado.

—Vamos, venid conmigo, dijo el sargento á Artagnan.

- Eh? dijo el caballero volviéndose.
- A vos es á quien hablo.
- A mí valiente . . . Vamos, dadme el placer de repetirme.
- Os he dicho que sigáis.
- A dónde.
- A la libertad.
- Perfectamente: pero antes desearia. . . .
- No tenemos tiempo de platicar, marchemos.
- Perdonad, dijo Artagnan, pero este no es el puente por donde se va. . . .
- Es preciso seguir al sargento, amigo mío, está encargado de encarcelaros.
- ¡Encarcelarme! pero ha hablado de libertad!
- La Libertad es el nombre de una de las torres de la fortaleza.
- Nombre bien singular para una prisión por cierto; pero antes de que se proceda á mi encarcelamiento, os tomaréis la molestia de prevenir al gobernador que quisiera hablarle.
- Está ausente, respondió el oficial, quien comenzaban á fastidiarle aquellas palabras.
- M. de Besmaux no está en el castillo?
- No.
- Y dónde se encuentra, si no hay indiscreción en preguntaros?
- Qué os importa.
- Perdonad, pero me importa mucho.
- Qué tenéis que decir al Gobernador?
- Sois demasiado curioso, señor oficial.
- Soy teniente del rey, y reemplazo al gobernador en su ausencia.
- Pues bien, señor, esperaré el regreso de M. de Besmaux.

- Estáis loco, amigo mío, dijo el oficial.
- Antes os haré advertir que soy en extremo político con vos, y que ya van dos ocasiones que me llamáis vuestro amigo sin que nada os autorice para semejante familiaridad.
- ¿Qué quiere decir eso?
- En seguida os suplico crea que no hay ninguna extravagancia en que quiera yo esperar á la vuelta del señor gobernador.
- Señor, respondió el oficial, no tenemos tiempo para detenernos en semejantes debates; sois prisionero de Estado y os hago encarcelar sin ir más allá.
- Número 14, agregó volviéndose al sargento.
- Muy bien, replicó Artagnan, consiento en ir á esperar lo vuelta de M. de Besmaux en aquella torre tan extrañamente nombrada, pero os prevengo que tengo cosas de mucha importancia que confiarle y que vos seréis responsable de todo retard.
- Está bien. Vuelve esta noche.
- No lo olvidéis, señor, os lo suplico, porque M. de Besmaux os agradecerá bastante tan sólo que pronuncieis mi nombre.
- Vuestro nombre. Y qué nombre es ese?
- Cómo. Se encuentra en el pliego cerrado?
- No, respondí el teniente consultando de nuevo la carta.
- Ah! hizo el caballero reflexionando. Pues bien, prevenidle que un gentil hombre, arrestado por un error, y procedente de la Guyena, se le recomienda.
- Y después de saludar al oficial con toda la elegancia de un cortesano, saludo que le fué devuelto con no menos cortesía, Artagnan iba á seguir al sargento cuando el oficial lo llamó.

—Perdonad, señor, pero aprehendido por error ó á sabiendas, es preciso que os sometáis al reglamento de la casa.

—A fe mía, que consiento en ello, aunque no sea más que por curiosidad.

—Primero, entregadme la vaina en defecto de la espada.

—Con gusto, querido señor, porque de nada me serviría.

—Ahora, lleváis algún dinero?

—Bien poco; por cierto.

—Os suplico que me lo entreguéis.

—¡Oh! eso sí es duro.

—Es la orden.

—He aquí mi dinero, señor.

—No tenéis nada más?

—Nada.

—Esta sortija...

—La queréis también, pues tomadla. ¡Peste, qué con signa!

—No lleváis otras alhajas?

—Ninguna.

—Permitidme que os registre.

—Sois muy escrupuloso, dijo Artagnan entregándose se al oficial.

—Algo tenéis aquí dijo el teniente llevando la mano al pecho del prisionero.

—Justo, pero es un simple medallón sin ningún valor, una simple miniatura, un retrato.

—Dadme lo.

—Es absolutamente preciso?

—Es la regla.

—Vuestra regla es bien cruel, y me admiró que haya gentiles hombres con voluntad para ejecutarla. Sin

embargo, desearía que esta miniatura no fuera vista por ninguno. ¿Sois gentil hombre, señor?

—¡Acabemos! dijo con impaciencia el oficial que no lo era, y cuya pregunta lo hizo poner encendido.

—Queréis el retrato y es preciso satisfaceros, porque además, considero que seriais capaz de arrancármelo por la fuerza.

Artagnan metió la mano en su peripunto, sacó el medallón y apoyó su puño sobre el cristal que se rompió y cayó por tierra. Después, con su dedo ensangrentado frotó la imagen, y cuando entregó el medallón al oficial, el marfil no presentaba más que una mancha rojiza que cubría un busto de mujer medio borrado.

—Señor, exclamó el teniente del rey, daré cuenta al gobernador.

—Podéis hacerlo y os invito á ello muy particularmente. ¿Ya no tenéis otra cosa que exigir? en ese caso, marchemos sargento.

El sargento torció la izquierda, y llamó al alcaide de la torre de la Libertad.

El sacrificio del retrato de Ana María que habia tenido necesidad de hacer, sumió á Artagnan en una sombría tristeza; por eso es que no prestó atención á las nuevas formalidades de su prisión.

Cuando su pensamiento quedó libre, se encontró encerrado en cuatro paredes negras, en medio de una especie de calabozo alumbrado por un ventanillo estrecho, sin bastidores, situado á más de diez pies del suelo y proyectando en la muralla una luz oblicua y débil.

La noche fué viniendo insensiblemente, en tanto que su imaginación trabajaba sin descanso, y la obscuridad en que se encontró Artagnan le hizo pensar

con bastante verosimilitud, que el gobernador debía estar de vuelta en el castillo.

En consecuencia, se puso á dar golpes en la puerta con los talones, con la insistencia de un hombre que quiere ser oído.

Por fin, se hizo oír una voz áspera, y bien pronto pasós pesados y desiguales anunciaron al prisionero que su llamamiento había sido comprendido: en consecuencia, esperó.

—¿Es el número 14 el que arma esa zambra? dijo el carcelero abriendo los enormes cerrojos de la puerta y entrando en el calabozo con la linterna por delante. ¿Soís vos quien llama? ¿qué queréis?

—Amigo mío, desearía saber si el gobernador está de vuelta; y en ese caso que se me lleve á su presencia lo más pronto.

—¿Solamente eso queréis saber?

—Me parece que para mi es de una importancia extrema; no tengo la costumbre de dormir en una prisión, y se me hace tarde recobrar mi libertad.

—Si era para semejante simpleza, gruñó el carcelero, podíais haber evitado el escándalo.

—¡Ah! ¿picaro, no estáis á mi servicio?

—Soy carcelero y no doméstico, respondió el hombre con acento sombrío y dando un paso hacia la puerta para irse.

Pero aquel movimiento fué advertido por Artagnan. Aquel hombre cojeaba de una manera muy particular, y el caballero recordó de pronto un conocido por aquel defecto. Recapacitó en su imaginación, pero no pudo ver su rostro al cual no llegaban los rayos de la linterna.

—Tenéis razón, añadió dulcificándose porque no creía deber procurarse un enemigo de aquel agente subal-

lerno, sois carcelero, amigo mío, lo conozco; pero no pueden conciliarse esas funciones, con un servicio que á mi salida, que será muy próxima, pronto sabré recompensar con largueza?

—El gobernador no está en el castillo.

—¿Y me he de acostar en esa cama?

—Se duerme aquí muy bien, sobre todo cuando ha sido uno soldado como vos.

—¿Con que me conocéis, amigo?

—¡Toma! sois el caballero Artagnan.

—¡Bueno! si me conoces no habrá necesidad de esperar la vuelta de M. de Besmaux: ve á ver al teniente del rey y le dirás...

—No me mezclo en lo que no me corresponde.

—No es como una obligación como yo te lo pido, amigo mío, y la prueba la tienes en que ese mismo teniente del rey tiene en sus manos, en depósito, unos treinta luises de mi pertenencia: te los doy.

—Mi sueldo me satisface y no necesito de más. Nunca tendré ocasión de gastar lo que ahorrara, puesto que tengo de morir en la Bastilla, añadió el carcelero con voz sorda.

—¡Pobre mozo! ¡te compadezco!...

—Sí, ¡compadéceme! eso está bien, por Dios!

—¡Eh! ¿qué quieres decir?

—Si estoy aquí lo debo á vos.

—¿A mí? ¿pues quién eres?

—Vaya, mirad, dijo el carcelero llevando la linterna á la altura de sus facciones.

—¡Sin Par! exclamó espantado Artagnan.

—Si, Sin Par, que os tiene en su poder y no os soltará! dijo el carcelero saliendo vivamente y cerrando la puerta con estrépito.

—¡Miserable! exclamó el caballero.

Artagnan se encontró en una obscuridad todavía más espesa, porque la ventanilla no dejaba entrever más que un cielo completamente negro y tempestuoso.

—¡Oh! es imposible, se decía, ese perdido no tendrá nunca el poder suficiente para hacerme espirar el castigo que le han aplicado. . . . Besmaux se inquietará de su nuevo prisionero. . . . querrá verle. . . . Pero acaso no sea así. . . . ¡Oh! pero me acordó. . . . de los prisioneros salidos de la Bastilla, Bussy-Rabutin, Rochefort y tantos otros que me han contado. . . . aquí no es humano. . . . pasa al estado de cifra. . . . estoy en el número 14. . . . El mismo Besmaux no me designará de otra manera! . . .

Sin embargo, recordó que en las enumeraciones hechas otras veces por Besmaux, debido á los beneficios realizados por el gobernador de la Bastilla, se había asignado una cantidad determinada para cada prisionero según su condición, y que si la mesa de un príncipe estaba servida á razón de cincuenta libras diarias, el mantenimiento de un noble debía costar cuando menos diez.

Una vez tranquilizado ya sobre aquel punto importante, se puso á reflexionar acerca de las últimas palabras escapadas á Sin Par el día anterior.

—¡No os soltaré! había dicho aquel hombre.

El espíritu y la astucia eran impotentes; por lo mismo tenía que ensayar la fuerza. Colocarse tras de la puerta del calabozo, esperar la llegada del guardián, tirar de la puerta, echar al carcelero al calabozo, encerrarlo y salvarse, era un plan admirable. Pero pecaba en la base: tras del carcelero había corredores y escaleras desconocidas, frecuentadas por soldados ó guardadas por centinelas, la alcaidía habitada por el alcaide y su familia, después el patio, un cuerpo de guardia por

donde era necesario pasar, un conserje, un puente levadizo y su reja cerrada. . . . inmensas dificultades; y además, acaso Besmaux se encontraba ausente todavía.

—¡Locura! se dijo Artagnan, es mejor esperar.

Pero aquel pensamiento consolador, le trajo el recuerdo del pasado y se preguntó felicitándose si Vijé habría podido llegar á París y apersonarse con la dama, misterioso objeto de su amor insensato.

A medio día, cuando Sin Par le trajo una escasa pitanza compuesta de una especie de potaje, de un plato de puchero y de un jarro de vino, había resuelto interrogar á aquel hombre. Por su parte, el carcelero no entró sin precauciones en el calabozo y estaba armado de un par de pistolas y de un cuchillo.

—Y bien, decídme, ¿ha regresado el gobernador?

—No, respondió Sin Par sin dejar de mirarlo.

—¿Sois simple carcelero, ó carcelero en jefe?

La expresión de la respuesta muda de Sin Par, se podía traducir así:

—No os importa.

El caballero guardó silencio.

Cuando se hubo cerrado la puerta, se levantó de su asiento y fué á aplicar su oído contra el espeso tablero. Entonces oyó mezclado á la marcha desigual del picaro carcelero que su mala fortuna le había dado, los pasos de otras muchas personas. Aquella circunstancia le hizo adoptar un plan de conducta que resolvió poner en ejecución á la primera visita.

En la noche, á las siete, Sin Par volvió trayendo la comida que consistía en un plato de vianda asada.

—¿No traes vino? preguntó Artagnan con mal humor.

—La ración de la mañana sirve para todo el día, respondió el carcelero.

—Este régimen no es aceptable; y me quejaré al gobernador.

—Estáis en vuestro derecho.

—Hacedlo venir.

—¡Ah!... hizo sin Par, que comprendió la intención ¿creéis que os daría gusto Su Excelencia?

—Es que Su Excelencia es de mis amigos, y vendrá inmediatamente.

El carcelero levantó los hombros y salió.

Artagnan corrió como en la mañana, colocó el oído contra la puerta, pero aquella vez no oyó más que los pasos del cojo que se alejaba tranquilamente.

—Evidentemente, se dijo, estoy solo en esta parte de la prisión, ó en mi conchuyo la distribución de los alimentos.

Tenía hambre y comió.

—Pero es Pluchet, exclamó, es Pluchet quien provee á los prisioneros de la Bastilla!... Estoy salvado!...

Y con aquella idea esperó pacientemente á la comida del otro día prometiéndose no callar más su nombre en lo de adelante y gritar siempre por todas partes para llegar á hacerse oír.

Al día siguiente el eterno potaje y el inolvidable buey fueron colocados sobre la piedra.

—¡Todavía el puchero! exclamó Artagnan, y tan malo como el de ayer. Esto es intolerable! Están robando á Su Majestad, porque todo sería carísimo por quince sueldos! ¿No se puede servir mejor?

—Es poco probable, respondió Sin Par.

—Pues bien, entretanto puedo quejarme al gobernador, ¿no podríais transmitir mis observaciones al cocinero?

—No, respondió el carcelero.

El caballero hizo un movimiento hácia él; pero Sin

Par salió para atrás con la pistola en guardia. Artagnan tomó el asiento y lo lanzó contra la puerta.

—¿Qué significa esta camorra? preguntó una voz con acento de autoridad.

Artagnan no pudo oír la respuesta de su enemigo pero se prometió hacer otro tanto por la noche, porque según toda probabilidad, al ruido entraría la persona que habia hablado.

Por la noche solamente se entreabrió la puerta y un pedazo de pan fué puesto en el suelo por una mano furtiva.

—Cuando seáis más razonable, se os alimentará mejor, dijo la voz de Sin Par á través de la puerta.

Aquella medida pueril importó poco al caballero, pero le convenció de una manera muy positiva de que se encontraba enteramente á la merced de aquel hombre y que la lucha era casi imposible con una fiera tan sa- gaz. Su valor no se abatió por eso, pero á la mañana siguiente, después de una noche de insomnio y de sueños los más lúgubres, despertó con algún desaliento.

—¿Qué hará ella?... se preguntaba. ¿Le habrá hablado Vijé?... ¿se atreverá á resistir,.... á su tío?... ¿Qué habrá ocurrido desde que salí de Burdeos?... Hace ya cuatro dias que estoy encerrado aquí. ¡Oh! acabaré por volverme loco... Si pudiera adivinar!... Sí, son ya cuatro dias....

Y Artagnan contó por los dedos para estar más seguro: después, á fin de no engañarse, hizo cuatro rayas en la pared por medio de un clavo que en su ociosidad habia podido descubrir en la obscuridad de su calabozo haciéndolas preceder de la fecha de su entrada, es decir, el 16 de Junio de 1693.

—Bassompierre estuvo aquí doce años, se dijo limpiándose las gotas de sudor que brotaban de su frente

á la sola idea de que le estuviera reservada una suerte igual.

—¿Querrá el cardenal hacerme desaparecer decididamente?..... se dijo en seguida. ¡Oh! no, me profesa algún cariño, y sólo Vijé podría traicionarme... Pero estoy seguro de él.

Se había recostado sobre su pésima cama, cuando entró Sin Par, empleando siempre las precauciones acostumbradas.

—¡Bueno!.... dijo el carcelero gruñendo..... ¿nos hacemos ahora los enfermos.....

El caballero no respondió y se volvió del lado de la pared, lo que hizo crujir el lecho produciendo un ruido que Sin Par tomó por un quejido.

—¡Oh! aquí no hay enfermería, añadió el carcelero retirándose con su andar desigual.

—¡Imbécil! dijo el caballero, cuando aquel hubo salido.

Y se incorporó.

Iba á levantarse para comer, pero se arrepintió de pronto diciendo:

—¡Vaya una idea! me haré el enfermo, y para comenzar, no comeré hoy.

Por la noche, Sin Par encontró intacta la comida y se adelantó siempre con el dedo en el gatillo de la pistola hasta el lecho del caballero.

—¿Con que decididamente nos fingimos enfermos? dijo; mala táctica.

Durante los días siguientes, Sin Par se admiró de encontrar siempre intactos los alimentos que había llevado. Primero había llamado su atención la fuerza de carácter de aquel hombre, cuyo vigor había probado ya con la espada en la mano; después sus sentidos groseros no pudieron admitir que un mortal se condenara

con tanta benevolencia á morir de hambre. Así fué que se preguntó seriamente si su prisionero estaria de veras enfermo.

Georgin, llamado Sin Par, no era admirado por una sensibilidad excesiva; pero conocía perfectamente sus intereses y tuvo miedo por un momento de que si el prisionero empeoraba se le acusaría de un crimen por no haber avisado.

Sin embargo, el deseo de la venganza animaba su alma y se calló.

Pero por agudo que fuera su odio, su espíritu no tenía tales alcances que pudiera combinar con inteligencia una trama en apariencia muy simple.

El séptimo día de la cautividad de Artagnan y el cuarto de su abstinencia forzada, Sin Par cometió una falta.

Después de haber puesto sobre la piedra la comida del prisionero, se llevó inadvertidamente la de la víspera.

Artagnan había contado con sus fuerzas y estaba al cabo de su objeto; por fin su enfermedad era ya verdadera; una fiebre ardiente lo clavaba en el lecho en el que se acostó voluntariamente.

Sin embargo, tuvo bastante energía para arrastrarse hasta la puerta á fin de escuchar las palabras que podia cambiar su verdugo con las personas que lo acompañaban siempre en la distribución de la mañana.

—¿Por qué no ha comido ayer el prisionero? preguntó uno de los que quedaron en el corredor y que probablemente se fijó en los platos que llevaba Sin Par.

—No lo sé; balbuceó el cojo.

—¿Está enfermo?

—No, dijo Sin Par.

—No importa,..... quiero verle; abridme.

Artagnan dió un suspiro de satisfacción y de triunfo, y no tuvo tiempo de volver á su lecho.

No bien se hubo sentado cuando fué presa de un desvanecimiento.

Vió como en una nube que la puerta del calabozo se abría y que un hombre se aproximaba al lecho con Sin Par, en tanto que un tercero esperaba en el corredor; pero eso fué todo, cerró los ojos y se desmayó.

—¡Pero este prisionero se muere! exclamó el recien llegado que no era otro que el carcelero principal de la torre de la Libertad.

—No sé que tiene... dijo Sin Par confuso; hace muchos dias que se queja en efecto.

—Y no habéis dicho nada, dijo con mal humor el carcelero.

—Creía que no era cosa de cuidado y además no habia puesto atención, contestó sin Par aturdido.

—Es preciso avisar al médico del castillo, dijo el carcelero yéndose; yo me encargo de ello.

Tres horas después el médico entró en la prisión introducido por Sin Par; pero el infortunado número 14, siempre tendido sobre la cama, presa de la fiebre, con los ojos apagados y los miembros vencidos por una extrema atonía, tenía una mordaza entre los dientes.

Acostumbrado sin duda el médico á ver emplear semejantes precauciones, no se atrevió á decir nada en contra de una medida que ordenaba la razón de Estado y examinó con atención al enfermo.

—Este hombre está moribundo, dijo el doctor; es preciso sangrarle.

A aquellas palabras Artagnan tuvo un resto de fuerza é hizo un movimiento negativo de una elocuencia tal—porque no dejaba de comprender que una sangría lo mataba—que el médico se admiró.

—¿Podéis decirme cómo empezó vuestra enfermedad?

El caballero enseñó su pecho y explicó por la contracción de su rostro que sufría horriblemente: después alineó los cinco dedos de su mano derecha y los llevó á su boca por dos veces.

—¿Que habéis sido envenenado?... exclamó el médico que no comprendía aquella pantomima.

—No, replicó Artagnan con el gesto, y se llevó los dedos á la boca con tanta insistencia que el doctor adivino por fin lo que queria decir.

—Tengo hambre,

Se verá que la mordaza, recurso extremo del miserable Sin Par, le habia dado la medida de lo que podia ser aquel hombre, y renunciaba á luchar con un campeón tan fuerte.

—¡La vida y la fuerza!... se decía el caballero interiormente invocando el socorro del médico como hubiera invocado á Dios.—Después yo mataré á Sin Par o él me matará á mí...

—Ha querido dejarse morir de hambre, dijo Sin Par.

—Sí, afirmo Artagnan con la mirada.

—¿Y renunciáis ahora? preguntó el doctor.

—Sí, respondió haciendo una seña de que queria comer inmediatamente.

—¡Oh! muy bien, replicó el médico, es preciso mucho cuidado. ¡Diablo! un exceso en los alimentos os mataría.

Un cuarto de hora después, Sin Par libertó á Artagnan de la mordaza, y bien seguro de su debilidad le hizo devorar una buena ración de carne, seguida de otra que llevó por la noche.

Al dia siguiente despertó al despuntar el dia y muy sutiles todavía sus sentidos por la dieta, Artagnan oyó

cerca de la cama una especie de rasquido producido por un instrumento agudo sobre la piedra.

—¡Es un ratón! pensó.

Y tocó ligeramente con los dedos sobre aquella parte de la pared.

El ruido cesó.

Pero al cabo de media hora volvió á oirse de nuevo.

—¡Hola... hizo Artagnan incorporándose penosamente y prestando atención á aquel ruido.

Aquella vez se guardó bien de llevar la mano á la pared.

—Es un prisionero que trabaja por su libertad, se dijo levantando los ojos al cielo en señal de gratitud. El desgraciado se engaña... vendría á caer en otro catabozo! añadió con desesperación.

Y escucho el ruido ligero del hierro con un placer sin igual: había cesado hacía ya mucho tiempo, y aun creía escucharlo.

—Fuerzas, Señor, dadme fuerzas... y yo le ayudaré! Si no podemos huir, al menos seremos dos!

XVIII.

Artagnan había contado con su fortaleza. La abstinencia á la cual se condenó, la falta de ejercicio, la falta de aire, sobre todo, lo habían debilitado extraordinariamente; de manera que ocho días se pasaron aun sin que pudiera levantarse.

Por la noche, y hasta después de las diez de la mañana, sorprendió siempre el ruido ha había advertido. No era ya dudoso para él que aquello provenía de un compañero que la casualidad lo enviaba. Habituaado poco á

poco con la idea de una reunión, respondía con frecuencia á aquel ruido con golpecitos secos dados en la pared.

Hasta el día en que contaba poder cooperar á la obra común, se limitó á reunir los más útiles posibles, y no sin trabajo logró arrancar de la pared una de las grandes agujas que sostenían la colgadura de su lecho, poniendo á su lado una de las escudillas de barro en que su guardián le llevaba la comida.

No sin un violento latido de corazón atacó á su vez una mañana el cimientó de una piedra oculta detrás de las cortinas, reconociendo antes la dirección en que trabajaba su compañero. Había temido aquel instante, porque se figuraba que el prisionero no se atrevería á continuar su trabajo, no obstante sus invitaciones precedentes, pero vió con alegría que desde que su hierro chocaba contra la piedra, su vecino parecía redoblar su energía y su actividad. Se comprende que aquel género de trabajo no avanzaba mucho, y al cabo de una hora Artagnan no había conseguido más que romper dos pulgadas cuando más de una de las cuatro juntas de una loza de pie y medio. Aquel resultado, por pequeño que fuese, contribuyó á animar su valor, y por lo mismo volvió á su tarea con mayor empeño.

Cuando se acercó la hora de la comida, ocultó su trabajo por medio de la cortina y se recostó en el lecho, donde sin par le encontró adormecido. No será necesario decir que á medida que el preso recobraba su salud, el carcelero iba desplegando para su seguridad personal todas sus antiguas precauciones.

—Eres muy injusto, le dijo Artagnan con mansedumbre; ya no quiero más lucha; me has vencido, y aunque tu presencia no me sea de lo más agradable, quiero mejor verte que estar solo.